

CAPÍTULO VIII

HABITAR EL TIEMPO PORVENIR EN EL VALLE DEL MEZQUITAL

*Además de nuestras necesidades físicas y corporales,
también deben organizarse y habitarse nuestras mentes,
recuerdos, sueños y deseos*
Juhani Pallasmaa

CIMIENTO

“No hay otro lugar en el mundo donde la industria cementera encuentre un mayor nicho de oportunidades y crecimiento que el estado de Hidalgo”, decía en marzo de 2014, el entonces gobernador del estado, Francisco Olvera.¹ Con una frase análoga, en 2015, podría haber comenzado un discurso de la gerencia de la compañía mexicana Cemex, con importante presencia en la entidad, u otro pronunciado por los socios Carlos Slim y Antonio del Valle dueños de la cementera Fortaleza, con sus tres plantas en tierras hidalguenses. Ese año, Cemex fue la quinta productora mundial del mineral gris² y, el mismo año, Fortaleza anunció un crecimiento del 75% en su producción, gracias a la ampliación de su planta localizada en Tula.³

La historia y las cifras de la producción cementera en México no pueden dejar de considerar al territorio hidalguense y, menos aún, al del Valle del Mezquital. Fue

¹ “Hidalgo es número uno en cemento”, *El Sol de Hidalgo* (27/03/2014). Disponible en <http://www.oem.com.mx/elsoldehidalgo/notas/n3336783.htm> (Consultado el 21 de julio de 2016).

² “Preview: The top 100 global cement companies and global per capita capacity trends.” Disponible en <http://www.globalcement.com/magazine/articles/964-preview-the-top-100-global-cement-companies-and-global-per-capita-capacity-trends> (Consultado el 18 de julio de 2016).

³ “Fortaleza incrementará 75% su producción con ampliación de planta”, *El Financiero* (05/10/2015), disponible en <http://www.elfinanciero.com.mx/empresas/fortaleza-incrementara-75-su-produccion-con-ampliacion-de-planta.html> (Consultado el 20 de julio de 2016).

precisamente en estos territorios en que emergieron, a principios del siglo XX, dos de las primeras tres compañías mexicanas de cemento, Cruz Azul y Tolteca. A más de un siglo de aquellas primeras explotaciones, México se ubica entre los quince principales países productores de este mineral no metálico a nivel global (USGS Mineral Survey, 2015),⁴ puesto similar al que ocupa en relación con su consumo.⁵ Hidalgo, por su parte, continúa siendo el principal polo productor de cemento en el país, concentrando el 40%⁶ de la producción nacional con plantas ubicadas principalmente en municipios mezquitalenses como Huichapan, Tula, Santiago de Anaya y Atotonilco de Tula.

Por varias décadas, la roca removida de los cerros del Mezquital se ha hecho polvo, argamasa y concreto para pavimentar el desaforado desarrollo urbano de México. No obstante, hace poco tiempo el polvo se ha ido solidificando en el Valle, ya no únicamente en los pulmones de los mezquitalenses que muelen la caliza o que la respiran desde sus milpas, sino también en las localidades que desde hace algunas décadas concretizan sus modernidades, recubriendo el pasado de tierra y piedra por un presente, y un futuro, de cemento hidráulico.

Cuando el antropólogo Michael Taussig intenta pensar en una sustancia que rivalice con el oro, en términos de su perfección en el cambio de las formas, de hacerse líquido y cubrir uniformemente espacios informes, concluye que sólo hay similitud en el cemento, “columna vertebral de la modernidad” (2013: 174). Éste mineral una vez conocido como piedra líquida, se ha derramado en los rincones más impensados del mundo (*ibid.*: 40). En el presente capítulo busco esbozar un paisaje que posibilite imaginar de qué modo el cemento pareciera estar alcanzando en el Valle del Mezquital esa invasiva perfección descrita por Taussig. Mediante la metáfora del cemento pretendo esbozar una antropología de los futuros imaginados, a través de la presentación del lugar que ocupa este material de construcción en los regímenes de historicidad locales. Al mismo tiempo intento mostrar la relevancia que dicha metáfora tiene en las formas contemporáneas del habitar en la región.

⁴ Disponible en <http://minerals.usgs.gov/minerals/pubs/commodity/cement/mcs-2015-cemen.pdf> (Consultado el 20 de julio de 2016).

⁵ “El nuevo competidor de la industria cementera.” *Forbes* (02/09/2014). Disponible en <http://www.forbes.com.mx/el-nuevo-competidor-en-la-industria-cementera/#gs.SUglm4> (consultado el 20 de julio de 2016).

⁶ “Hidalgo es número uno en cemento” (*ibid.*).

CEMENTO PÚBLICO: LAS OBRAS

“¡Queremos nuestro cemento, es nuestro derecho, lo dice la constitución!”, reclamaban los vecinos de la comunidad de El Bingú, frente al palacio municipal de Cardonal. “No nos vengan con cuento”, respondieron luego que desde el departamento de obras del municipio se les informara que era necesario, antes de pavimentar las calles, construir el drenaje. A una semana de tener ocupada la presidencia y después de tensas negociaciones, los manifestantes de El Bingú lograron que bajaran 600 toneladas de cemento hasta las calles de su comunidad.⁷ En 2015, a cerca de diez años de esa conquista del derecho al cemento, casi un tercio del pavimento era removido para instalar el olvidado drenaje.

En el Valle del Mezquital, cuando el cemento está en las calles, en los pozos de agua o en el fondo de los canales de regadío, en los postes de electricidad, en los salones de las escuelas, en las bardas que protegen a éstas o en aquellas construidas para evitar que el cerro se avalanche contra los caminantes; el cemento es público, es resultado de las obras. En las comunidades las obras “se bajan”, siempre vienen de arriba. La mayoría de las veces desde la presidencia municipal. La evaluación de la gestión de un presidente municipal pasa por la cantidad de obras que construyó e inauguró. Un buen presidente logra derramar toneladas y toneladas de cemento en las cabeceras municipales y en las venas de asfalto, pavimento y terracería que conectan a ésta con las localidades y comunidades.

El desempeño de un delegado municipal, labor añadida a las responsabilidades de un ciudadano en una comunidad hñähñu, también puede ser evaluado por las obras. La labor del delegado, me cuenta uno de los que ocupó hace dos años ese puesto en El Boxo, es ser el responsable de la comunidad; su cara visible. Para todo está el delegado, desde un accidente a una pelea doméstica, desde la preparación de la fiesta, hasta la organización de las principales faenas. El desempeño del delegado debe mucho a la participación de la comunidad pero, sobre todo, a su capacidad para llegar a la presidencia municipal a solicitar obras. Si las obras se bajan, es el delegado quien se ocupa de la gestión de bajarlas.

En El Boxo, las banquetas cubren varios tramos de la comunidad, por lo menos en su calle principal, la carretera que conecta Cardonal con Nicolás Flores. Los cortes entre un tramo de banqueta y otro se explican a veces por razones topográficas, otras por las de la propiedad del suelo. Pero en la mayoría de los casos los cortes marcan, como mojón de concreto, el periodo de tiempo que ocupó un delegado y

⁷ Relato construido a partir de conversaciones con habitantes del Valle del Mezquital.

el que ocupó otro. “En un año se pueden hacer muchas obras”, me dice el mismo exdelegado. “En la comunidad hicimos varios metros de banquetas, comenzamos a construir el centro de salud y el centro comunitario”, ambos emplazados cerca de la escuela, donde están la cancha, el preescolar y las tres tiendas misceláneas de la comunidad, unos quinientos metros cuadrados donde predomina el cemento y que se identifica como el centro de la comunidad, su perfil más urbano.

Pero en varios años, “puede que no se haga nada”. Que aun los proyectos inconclusos de un delegado anterior sean abandonados, hasta que llegue un delegado más hábil en bajar obras, o que —en tiempos de elecciones— un candidato y su partido vengan a la comunidad para prometer terminar las obras o comenzar otras nuevas. Un año con muchas obras o varios sin ninguna, dependen de la capacidad de gestión de los delegados y de la política exterior a las comunidades que, derramando cemento, pueden acelerar el tiempo o detenerlo, como se detienen las obras inconclusas.

“Volvió a ganar el PAN”, me respondieron cuando pregunté por los resultados electorales locales de Ixmiquilpan de junio de 2016. En un enroque político familiar Cipriano Charrez Pedraza, hasta entonces presidente municipal, pasó a ser diputado por el Distrito V de Hidalgo y su hermano, Pascual, a dirigir el ayuntamiento. “Lo que pasa”, me comentó un maestro originario de El Boxo, residente en Ixmiquilpan, “es que Cipriano Charrez hizo mucha obra. En una colonia de Ixmiquilpan que históricamente fue del PRI, hace años estaban pidiendo una obra: la pavimentación de sus calles y la mejora en sus alcantarillados. Por ahí no faltó el simpatizante del PAN que en una asamblea les dijo a sus vecinos: ¿y si vamos a la presidencia?”. Esto era una transgresión, no sólo de la conducta consecuente de militantes o simpatizantes del PRI, sino sobre todo de sus propias percepciones. ¿Cómo siendo del PRI se les apoyaría desde la presidencia gobernada por el PAN? El vecino panista logró convencer a la directiva y fueron con el presidente municipal. “¿De cuánto estamos hablando?”, fue lo que Charrez les preguntó. “Mañana estará ahí mi director de obras para evaluar y ver si tenemos presupuesto o no”. Así fue, me comenta el maestro, al otro día ahí estuvo el director de obras y al sábado siguiente, en una asamblea, el presidente municipal anunciando que en ocho días comenzarían las obras, las que ya han sido terminadas.

En agosto, a menos de quince días del cambio de mando en Ixmiquilpan, y en medio de los preparativos para su feria homenaje a la llegada de la imagen del Señor de Jalpan, unos cincuenta trabajadores pintaban de rojo la calle Juárez, que desemboca en la hermosa Iglesia de San Antonio. En menos de quinientos metros los trabajadores parecían abundar cada quien en un cuadrado de la nueva obra de

cemento que, como otras setecientas obras pendientes, según me señalaron, debía entregar el presidente saliente.

“Soy de compromisos y resultados” fue el slogan de campaña que Charrez, como presidente municipal y candidato a la diputación, estampó sobre los muros de cemento, muchos de ellos inaugurados durante su gestión. En un contexto en que la política se evalúa según las “obras,” no se me ocurre otra forma de traducir ese slogan a la idea de proyectos concretizados, proyectos concretos, proyectos de concreto. Ésta, quizá, fue la razón por la que Luis Vega Cardón, expresidente municipal de Cardonal, Presidente del Consejo Supremo Hñähñu y candidato del PRI para la legislatura, fue derrotado por el candidato Cipriano Charrez del PAN, incluso en localidades que, como El Boxo, han sido blancos de la acción del Consejo Supremo y, desde antaño, controladas por el partido que se apropió de los colores de la bandera mexicana. Según un joven maestro de la comunidad de El Boxo, activo colaborador de la campaña de Vega, dos cosas se le reclamaban al candidato del PRI cuando éste iba a las comunidades. La primera fue la ausencia de los diputados electos del partido, “después de venir a pedir su voto nunca más los vimos por aquí, nos decían”, apuntó. La segunda, que Pedraza “nunca trajo obras”. Ésta fue la fundamental. Mientras Charrez podía vanagloriarse de sus “compromisos y resultados”, Vega sólo podía establecer compromisos.

Cuando en 1824, en Inglaterra fue patentado el Cemento Portland, no se registraba un nuevo material de construcción, éste ya había sido ocupado como mortero en las principales obras de la antigüedad. Lo que se patentaba era una fórmula que transformaba en piedra flexible aquella argamasa de caliza quemada, en aproximadamente treinta horas. Desde entonces el cemento no sólo es el principal material de construcción en el mundo, sino que es también una forma de acelerar la historia, de hacer concreta la promesa de la modernidad en poco más de un día, aunque sea a través del atajo de una modernización pavimentada.

En el Valle del Mezquital, cuando el cemento es público, es más que cemento, incluso es más que obra. El cemento pareciera automáticamente transformarse, como decía el lema que acompañó el periodo de presidente municipal de Cipriano Charrez en Ixmiquilpan (2012-2016), en “acciones que cambian tu vida”. Con el abundante sol del Mezquital una obra de (o con) cemento se hace concreta a una velocidad muy superior a la que tardaría en concretizarse un proyecto que transforme las condiciones de pobreza y desigualdad que persisten en el Valle, aunque éste no sea ya el calco de la “Nube estéril” (Rodríguez, 1952). Por ello, el cemento ha sido el ingrediente más abundante en las acciones que desde arriba bajan para “cambiar” la vida de los mezquitalenses. De esta manera, los gobiernos locales

se vuelven consumidores compulsivos de cemento, en tiempos en que —como a diario exhiben los noticiarios nacionales—, la triada: política-obras y empresas constructoras; es uno de los pastos más fértiles para la corrupción.⁸

En el Valle del Mezquital, el cemento se hace público no por la función social de la obra, sino por la ubicación de ésta. Obras tan disímbolas como una cancha, un puente, una barda o un obelisco de 57 metros de altura, situado en una pequeña plazuela de Actopan, sólo tienen en común dos cosas: el emplazamiento en espacios públicos y la utilización del cemento como principal material de construcción. Hacer obras en los espacios públicos y derramar argamasa en dichos espacios casi siempre está conjugado.

En el trayecto que va de Pachuca a Actopan, pocas construcciones distraen la mirada de quien se deslumbra por las formas que la erosión fue esculpiendo en las altas y rocosas montañas que se levantan a pocos kilómetros de la carretera. Eso intensifica la belleza de los arcos amarillos que rodean la Plaza Bicentenario que da la bienvenida al municipio de El Arenal. La armonía de la plaza, sus arcos y la muralla montañosa al fondo, comenzó a resquebrajarse hace unos años. Ahí, a pocos metros de la Capilla del Señor de las Maravillas, se levantó una construcción que cada vez se empinó más. Esta obra será la que hará recordar, como las banquetas de El Boxo hacen recordar a los delegados, a la presidenta municipal Adelfa Zúñiga (2012-2016). Bajo su mandato, se comenzó a construir la Cruz Monumental de 55 metros de altura, dos metros menos que el obelisco que su esposo, Leonardo Ramírez, mandó construir cuando fue presidente de Actopan.

El trabajo y las cientos de toneladas de fierro y cemento que darán forma a la Cruz Monumental, costarán cerca de seis millones de pesos mexicanos,⁹ a un municipio en que 66.9% de la población vive en condiciones de pobreza (INEGI, 2014). Según la alcaldesa, la obra incentivará el turismo y convertirá al municipio,

⁸ El 17 de mayo de 2015 la, por ese entonces secretaria de la Comisión de Anticorrupción y Participación Ciudadana en el Senado de la República de México, Marcela Torres Peimbert, señaló que la construcción es el sector más propenso a incidir en actos de corrupción durante los procesos de adjudicación de obra pública en los diversos órdenes de gobierno. Este sector, según la secretaria, es el que más participa en actos de corrupción, en los que se vincula a compañías constructoras y a servidores públicos. “Construcción, el sector más sensible a la corrupción”, en *El Universal*. Disponible en: <http://economista.com.mx/estados/queretaro/2015/05/18/construccion-sector-mas-sensible-corrupcion> (Consultado el 26 de septiembre de 2016).

⁹ Ver en <http://www.elindependientede Hidalgo.com.mx/colocan-cruz-monumental-en-el-arenal/> (Consultado el 15 de julio de 2016).

Cruz monumental, El Arenal, Hidalgo



Fuente: Fotografías del autor.

por su ícono religioso, en un punto de visita y peregrinación.¹⁰ Así la inmensa cruz de concreto podrá traer más recursos a El Arenal, al mismo tiempo que será un nuevo espacio para que las cientos de familias de este municipio, uno de los de mayor intensidad migratoria del Valle del Mezquital, prendan veladoras para pedir por la salud de los parientes que se fueron al otro lado y que con sus remesas ayudan a traer más cemento al terreno.

Hay otro cemento que, aunque público, es derramado por otro tipo de agencia. Me refiero a aquel que derraman las faenas de ciudadanos de comunidades hñähñu. Es el polvo que a veces se consigue y se baja desde la presidencia, pero que se hace concreto por la fuerza de trabajo colectiva de los habitantes de cada localidad. Las faenas, tanto en su dimensión romántica como coactiva, deben ser la mejor traducción para la leyenda: “Municipio de responsabilidades compartidas”, que llevó la presidencia saliente en Cardonal (2012-2016).

Otras veces, este cemento público es evidencia de la intensidad migratoria del Valle del Mezquital, transformado desde mediados de los noventa del siglo pasado,

¹⁰ *Ibid.*

en el polo más activo en la expulsión laboral hidalguense hacia el otro lado de la frontera norte de México. En este ámbito, el cemento se ha convertido en el mejor de los recursos para activar el sentido de pertenencia de los migrantes a sus comunidades de origen, para “pertenecer desde lejos” (May, 2017a). Aquí, el mineral gris emerge como una de las dimensiones que hace concreto el sueño mexicano, aún en momentos en que el sueño americano parece difuminarse. Es la argamasa simbólica que une aquello que algunos autores (cf. Castro, 2005) definen como comunidad trasnacional que, con el cemento público y las faenas, se solidifica como un puente sobre el cual transita información, recursos y nuevos migrantes. En la diáspora mezquitalense la metáfora del cemento, como cohesionador social, se hace literal, al punto de institucionalizarse en programas como el 3x1 o en otras formas exitosas de conectar clubes u otras espontáneas organizaciones de migrantes para intervenir en la realidad de sus localidades.

Tal y como sucede con el cemento de las obras, el cemento público de las faenas es disímbolo. Lo mismo puede pavimentar una calle que una cuneta, poner unos metros de banqueta o levantar un arco de bienvenida a una comunidad escondida

Monumento al dólar, Santa Rosa La Florida, Cardonal; Hidalgo



Fuente: Fotografías del autor.

entre cerro y cerro. Pero al igual que las obras pueden ocuparse para erigir obeliscos o cruces gigantes, el cemento derramado por las faenas puede derivar en construcciones monumentales. Es el caso de la argamasa gris ocupada para dar firmeza a los pilares que soportan el fin de una pista de carreras de caballos, una especie de Monumento al Dólar, emplazado en el Alto Mezquital, en la comunidad de Santa Rosa La Florida, Cardonal.

El monumento al dólar, levantado en 2005, celebraba ese año —sin quererlo— una década en que la migración concentró la imaginación de futuro de los mezquitalenses y en que el verde del dólar verdeó la aridez del Valle, más que lo que podían hacerlo las escasas lluvias o las abundantes aguas negras. El dólar gigante, estampado en un latón de más de tres metros de largo, empotrado en dos columnas de piedra y cemento, parece ser un monumento al deseo y, al mismo tiempo, la materialización concreta de la prosperidad que algunos migrantes alcanzaron en esa década. En tanto deseo, el monumento imita en su gráfica al *one dollar* americano, tras el que se fueron cientos de mezquitalenses. Aquel billete que podía transformarse en nueve o 10 por hora trabajada en Estados Unidos; en una cuenta burlona y prácticamente imposible, si se le comparaba con el precio de una hora trabajada en el limitado mercado de trabajo del Valle. Era esa misma inconmensurabilidad en la conversión de la fuerza vital de un trabajador del Mezquital en su región o en el “otro lado,” la que hacía (y hace) del dólar un objeto de deseo para los mezquitalenses que esperaban poder migrar, para los migrantes indocumentados explotados y autoexplotados y para los que se quedaban en sus comunidades esperando cada mes que, aquel billete verde enviado por sus parientes, se convirtiera en muchos pesos mexicanos. Y era también ese imposible cotejo entre la economía de sus comunidades y la del imperio, la que transformaba a un insignificante *one dollar*, en un billete gigante al cruzar la frontera.

CEMENTO PRIVADO: EL CONTAGIO

Pero hay otro cemento más significativo en la experiencia del cambio a la que refieren los habitantes del Mezquital, bajo el cual se puede indagar en los regímenes de historicidad locales en torno a los que se concibe la relación entre las experiencias pasadas y las expectativas futuras (cf. Koselleck, 1993; Hartog, 2007). Éste es el cemento privado, que aceleró el tiempo y que en muy pocos años transformó en pasado formas de vivir y habitar las localidades. “Parece un sueño pero es real, porque todo ha cambiado de volada”, me decía Brígido; joven albañil de El Boxo

de 27 años, luego de evocar que en su infancia en la comunidad no había más de quince casas, cinco más de las que recordó haber observado en su infancia su hermana Isidra, de cerca de 40 años.¹¹

Diversas etnografías de las décadas del cincuenta, sesenta y setenta del siglo pasado registraron la progresiva transformación de las viviendas en nuestra región (Padelford, 1969; Tranfo, 1990 [1974]; Medina y Quezada, 1975; Ramsay, 1974, Nolasco, 1963; Guerrero, 1983;¹² Galinier, 1977¹³). Lo que para algunos era resultado de un proceso de aculturación incentivada por la migración, para otros era evidencia de la creciente diferenciación social. Como presenté en el capítulo V, en esta transformación un rol importante lo ocupó el Estado mexicano que vía instituciones de intermediación como el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital (PIVM), promovió el abastecimiento de materiales modernos para estandarizar las formas de construcción de las casas.¹⁴

¹¹ Respecto de la aceleración del proceso de cambio, manifiesto en la construcción de las viviendas, una investigación realizada en la década de los noventa en El Boxo, apuntaba: “La construcción de casas modernas que sustituyen las tradicionales se da a una velocidad sorprendente todo con dólares enviados por los migrantes. La mayoría afirma que su dinero lo emplea en la construcción de mejores viviendas ya que esto significa para ellos, un progreso económico que sin la migración nunca se hubiera dado” (Rivera, 2000: 79).

¹² La obra referenciada constituye una colección monográfica producida por el autor, a petición de Manuel Gamio, a mediados de los años cincuenta del siglo XX.

¹³ Jacques Galinier inicia su etnografía a finales de la década del sesenta del siglo XX. Aunque su trabajo se concentra en los pueblos otomíes de la Sierra, considero oportuno incluirlo particularmente por la descripción que realiza sobre la vivienda otomí del altiplano, así como por su aportación en torno a la intervención del Estado en la transformación de las viviendas tradicionales.

¹⁴ Raúl Guerrero (1983: 219) registró, a finales de los años cincuenta del siglo pasado, que el Patrimonio Indígena del Valle del Mezquital (PIVM) desarrolló proyectos pilotos para la construcción estandarizada de una “choza de paredes de varas embarradas con lodo y techos de palma”. Sin embargo, iniciativas como éstas, de mejoramiento de la vivienda por medio del aprovechamiento de los materiales de la región, son excepciones dentro de la regla de la política de Estado que, como apuntó Galinier (1977), insertaba diversos materiales de construcción exógenos e industrializados. El mismo PIVM promovió la creación de colonias agrupadas en torno al centro cívico-ceremonial de algunas localidades, construyendo casas de “planta cuadrangular, de dos habitaciones, la cocina y el portal, con paredes de ladrillo, adobe revestido o piedra, pisos de cemento, techo plano en declive o de dos aguas de teja o mampostería” (Nolasco, 1963: 157). Luigi Tranfo (1990 [1974]), por su parte, documentó que mientras que el cemento se compraba en Ixmiquilpan, los bloques se fabricaban en la comunidad donde realizó su etnografía, en moldes proporcionados por el PIVM.

“En los años setenta ese Maurilio¹⁵ ya era vocal del Patrimonio”, me cuenta don Patricio Callejas. “Yo tenía un changarro para vender pulque y cerveza”, emplazado a un costado de la carretera antigua que comunicaba Cardonal y Nicolás Flores. Por ahí bajaban, “trastumbando los cerros”, gente de comunidades aisladas como El Bocua y Dothú para esperar que “los del patrimonio llegaran” con los bultos de cemento, los bloques, las láminas de cartón alquitranado y otros materiales. “Yo me hice cuate de Maurilio, ese canijo le entraba bien al pulque y me convenció de hacerme representante de la comunidad”. Entre conversaciones y pulque con los dirigentes del PIVM, don Patricio se convirtió desde esos años en el “político” de El Boxo, porque se hizo especialista en bajar obras, ocupando diversos cargos de representación comunitaria, especialmente de aquellos ligados a proyectos de modernización.

El material que llegaba a El Boxo para la comunidad o que era traído hasta ésta, para que luego los habitantes de comunidades próximas lo subieran cargando con sus mecapaes y ayates en la cabeza y la espalda, en improvisadas carretillas o en uno que otro animal de carga; la mayoría de las veces era ocupado en infraestructura pública por medio de faenas, aunque también tenía como destino el mejoramiento de las viviendas. A ello también aportaba la organización de los “curitas alemanes” que en Cardonal había instalado una fábrica de bloques de cemento que repartían a las comunidades.

Empero, no fue la acción del Estado o la Iglesia la que fue desplazando al maguey, el encino, la palma, el carrizo, el barro, el tepetate, la tzaquiá o el mezquite, como principales materiales de construcción de la vivienda vernácula, a favor del tabicón de cemento. Ante todo, este cambio se relaciona con las propias experiencias del “andar trabajando” fuera de las comunidades, trayendo no sólo el dinero o los materiales para construir casas, sino también las ideas de cómo hacerlas y los elementos simbólicos que nutrieron el cambio ideológico asociado a la elección de un material sobre otro y las nociones de vida buena ligadas a dicho cambio.

¹⁵ El antropólogo Maurilio Muñoz Basilio fue designado vocal ejecutivo del PIVM en 1971. Originario de Tasquillo, otomí hablante de su lengua, Muñoz había experimentado las transformaciones que acompañaron al Mezquital desde el gobierno de Cárdenas. Fue asistente e investigador de los más destacados antropólogos de la primera generación de indigenistas y trabajó en varios contextos indígenas mexicanos antes de llegar al PIVM. Su incorporación a dicha institución disputó el control de los caciques que la habían dirigido desde su fundación. El periodo de Maurilio Muñoz al mando del PIVM para algunos autores (cf. Solís y Fortuny, 2010; Nahmad, 2009; Schmidt y Crummett, 2007; Contreras, 2016) fue fundamental en la importancia política y académica que, desde aquellas décadas, adquirió el Valle del Mezquital.

Nuevas generaciones, con un nivel educativo mayor, registró Raúl Guerrero (1983: 219) a finales de la década del cincuenta del siglo pasado, estaban promoviendo “un nuevo espíritu de elevación material” que servía “de ejemplo” para sus vecinos. A este “ejemplo,” en la comunidad de El Boxo, el maestro Hermenegildo Salas le llama contagio, derivado “del observar más comodidad y presentación en las nuevas formas de construcción”. Este contagio fue emergiendo como una cadena que, según el maestro, va desde las “casas rústicas” de paredes de madera, lodo, pasto, adobe o piedra; al tabicón y el bloque de cemento. Quienes lo iniciaron fueron, para Hermenegildo, los primeros hombres que migraron a la Ciudad de México para “adquirir un poquito más de economía”. Tal y como me han contado en otras conversaciones, fue esta experiencia migratoria de los que se fueron campesinos y volvieron albañiles, la que dilató en El Boxo lo que Arjun Appadurai (2004; 2015) denomina la capacidad cultural de aspirar y que, mediante una primaria diferenciación social, amplió la ventana de aspiraciones (Ray, 2006) desde la que miraron el presente y el futuro los habitantes de la comunidad de aquellos años.

Para que los materiales tradicionales de construcción, incluso aquellos exógenos y más tempranamente introducidos como las láminas de cartón alquitranado, asbesto o zinc, comenzaran a ser asociados con el pasado y, al mismo tiempo, con la pobreza; con aquel tiempo en que, como me señala el señor Alfonso evocando su infancia, se vivía “con muchas carencias”, no sólo bastó con reemplazar un material por otro. Fue necesario reemplazar ideas y prácticas, asociadas a las formas de entender la relación con el medio natural y las estructuras sociales, así como nociones de carácter subjetivo en torno al bienestar, el confort, la estética y; en términos más generales, en torno a la vida buena, en un cambio que puede traducirse en el paso de un pragmatismo de la necesidad a una nueva economía moral de las formas de aspirar y habitar.

Para entender el operativo simbólico y material que transformó las viviendas tradicionales en viviendas del pasado es preciso apuntar, con Pallasmaa (2016: 120), que “el significado arquitectónico es contextual, relacional y está ligado al tiempo”. Cuando me refiero al pragmatismo de la necesidad desde luego reduzco la construcción del habitar, por medio de la edificación de la vivienda tradicional, sólo a la dimensión de la materialidad. Las casas se construían, me ha enseñado Romualdo, joven arquitecto de El Boxo, con lo que se tenía a mano. En su tesis de maestría, Romualdo (López, 2015) describe de qué manera el aprovechamiento del entorno como material para la edificación de las viviendas indígenas otomíes del Valle del Mezquital resultó en formas de construcción diversas tanto por

las diferencias ecológicas intrarregionales, como por la dispersión de materiales como la piedra, el tepetate, la arcilla, el maguey o el encino dentro de las propias comunidades. Victor Padelford (1969), considerando únicamente los recursos para construir muros y techos de casa en una comunidad árida de Alfajayucan, calculó que podrían establecerse teóricamente 64 diferentes tipos de construcción mediante la combinación de un tipo de material de muro y otro de techo, dentro de los que consideraba algunos materiales exógenos introducidos al Valle desde mediados del siglo XX.

Cuando establecemos las primeras coligaciones de la idea de casa tradicional con nociones como abrigo, techo y protección (cf. Giglia, 2012) estamos pensando en las respuestas posibles dadas a dichas necesidades en los marcos de economías virtualmente cerradas o aisladas y, en extremo, condicionadas por su medio. Asimismo estamos en el ámbito del desarrollo de una estética particular ligada a la necesidad, que como apunta Bourdieu (2015: 441): “impone un gusto de necesidad que implica una forma de adaptación a la necesidad”. De modo tal que la “sumisión a la necesidad” inclina “hacia una estética pragmática y funcionalista” (*ibid.*:446): construir con lo que se tiene a mano. Empero, aún bajo dichas condiciones, lo emergente de la necesidad es una forma estética. Vale decir, aún en este registro, la respuesta a la precariedad es indirecta, institucional y compleja (cf. Malinowski, 2007 [1961]).

Por ello, aunque sólo se considere la materialidad, el registro de la necesidad o —como he apuntado— el pragmatismo de la necesidad, no debe pensarse únicamente en el plano de las respuestas fisionómicas por medio del aprovechamiento de los recursos del medio, sino también desde los registros culturales que en dicho pragmatismo se imprimieron. Dondequiera y cuandoquiera que los seres humanos encuentran formas de construir refugios para grupos primarios,

no están solo ni en primera instancia buscando protegerse de los elementos, estar a salvo de los depredadores y no estar expuestos a los ojos de los extraños. Están también imprimiendo los significados de su humanidad en los materiales de pasto y paja, bambú y piedra, barro y ladrillo, madera y arcilla. El espectro de formas de vivienda de la historia humana y en todo el mundo de hoy es un testimonio de los vínculos íntimos entre vida familiar, diseño, cosmología e imaginación social. (Appadurai, 2015: 154)

Una característica común que compartían las casas del Valle del Mezquital, independientemente del material, la altura de sus muros o de sus techos; era el reducido tamaño de sus puertas. Tranfo (1990 [1974]: 109) describía esta puerta de

1.40 x 0.60 cm como incómoda. “Hay que entrar inclinados y de lado”, decía. En El Boxo, personas de edad avanzada como doña Jose, don Patricio o don Santiago, no recuerdan sus casas de infancia como bajas. Por el contrario, dicen que los mayores podían andar erguidos dentro de ellas. Como en El Boxo la mayoría de las casas eran de madera de árboles altos y gruesos como el encino, el enebro o el piñón, los muros no se construían bajos como en el caso de las casas de piedra apilada o las de penca de maguey que abundaban en el bajo Mezquital. Lo que sí evocan los mayores y los más jóvenes que alcanzaron a vivir en las casas tradicionales es el tamaño de sus puertas. Brígido me decía haber aprendido de los grandes, que para los hñähñu el interior de las casas era sagrado, por eso quien entraba tenía que hacerlo haciendo una reverencia. Esta razón y no la falta de material (como en la zona árida) o la ausencia de un diseño apropiado, era la que conservaba el incómodo, según el antropólogo italiano, tamaño de las puertas.

El paso de la vivienda tradicional asociado a la emergencia de una nueva economía moral de las formas de aspirar y habitar tiene, desde mi punto de vista, relación con dos fenómenos coligados a la vivienda. El primero, relacionado con la percepción de las estructuras sociales y, el segundo, con aspectos cercanos a lo que el maestro Hermenegildo describe como el contagio de mayor comodidad y presentación.

En relación con lo primero, para la progresiva transformación de la vivienda tradicional fue preciso que el cemento se estandarizara en tanto material de construcción, vale decir, que éste se volviera regla en la edificación de las viviendas de las comunidades para que ya no fuese sólo posibilidad de los más afortunados económicamente. Éstos, en comunidades como El Boxo, eran aquellos que —como mostré en capítulos anteriores—, promovían el cambio desde la “vida sin salario” (Denning, 2010), a la progresiva monetización de las economías locales, mediante experiencias de trashumancias estacionales tras un sueldo. En otros términos, para que los materiales autóctonos se transformaran en evidencia de las casas de tiempos pretéritos, fue necesario que en las comunidades otomíes del Mezquital se corroborara que “sólo los ricos o los muy pobres pueden vivir en el pasado” (Rybczynski, 2009: 223). Ello no ocurrió sino hasta las últimas décadas del siglo XX, cuando la mayoría de los habitantes de comunidades como El Boxo habían bajado de los cerros y transformado un poblado de casas rústicas y extremadamente dispersas, en aglomerados de casas de tabicón.

Jacques Galinier (1977: 110-111) reportando la transformación de la casa tradicional en comunidades otomíes, apuntaba que diferenciar las viviendas significaba,

poner en entredicho la igualdad social que es una de las normas de la ideología comunitaria. Esta valoriza los mecanismos propios de la manifestación del prestigio social (las fiestas), pero no tolera la ostentación de la riqueza personal. Por esta razón muchos indígenas “ricos” tienden a disimular su patrimonio tras los muros de casas más modestas. Por el contrario, los mestizos ricos expresan una ideología competitiva mediante la búsqueda de comodidades y el mejoramiento de su casa. En los pueblos donde cohabitan indígenas y mestizos, se afirma una tendencia a la división en dos barrios. Uno de ellos más moderno, ocupado por los mestizos, y el otro más tradicional, ocupado por los indígenas. Esta discontinuidad en los tipos de vivienda recalca no sólo la desigualdad económica entre ambos grupos, sino también la regla que aún pesa entre buena parte de los indígenas más acomodados, esto es, vivir según un modelo de pobreza y respetar la tradición.

Aún hoy, en que el cemento ha dejado de ser posibilidad sólo para los más acomodados y en que prácticamente se entiende como el único material de construcción posible,¹⁶ personas mayores se niegan a ampliar sus viviendas de bloque, a hacerlas más altas o a agregarles una planta.

Cuando José Roberto me explica por qué la pila de bloques de cemento fuera de su casa sigue ahí durante tanto tiempo sin comenzar una construcción, me dice que hay dos razones. La primera es que “ha sido difícil encontrar un albañil libre” y, la segunda:

...a mi papá no le gusta que le construyamos acá en su casa. La vez que, con mis hermanos, le modificamos la cocina, le pusimos su piso y le hicimos su techo de losa de concreto; fue porque aprovechamos que estaba en el hospital, que lo estaban operando. Cuando llegó ya no le gustó pero ya estaba hecho. Él dice que no le gusta vivir como rico.

El papá de José Roberto integra un sector minoritario que, parafraseando a Galinier, respeta la tradición viviendo según un modelo de pobreza, desde el cual continúa interpretando el cemento y las casas grandes como formas de vivir de los ricos. Para el resto, este material ya no representa un descriptor de la estructura

¹⁶ En 2014, por medio de faenas, en El Boxo construyeron la cocina-comedor de la Iglesia de la comunidad. De forma independiente y sin esperar que bajaran recursos desde la Presidencia, el delegado de aquel entonces decidió edificar dicho espacio utilizando el principal recurso del entorno, el forestal, presente tanto en el ejido como en la mayor parte de los cerros de la comunidad. Esta acción causó descontento en un sector de la comunidad que evaluaba como poco relevante la obra, no por la necesidad de ésta para la fiesta comunitaria o para la realización de sacramentos colectivos como las primeras comuniones, sino particularmente por el material utilizado para su edificación.

social. Es, por el contrario, parte de la realidad material en la vivencia de las dos últimas generaciones mezquitalenses. De dicha realidad surge una nueva economía moral que no ve en el cemento rasgos de injusticia o inequidad. Constituye por tanto, una nueva economía moral emergente de la experiencia del habitar con el cemento como cotidiano en el paisaje y en la realidad visual y háptica.

El contagio asociado a la “mayor comodidad y presentación” es lo que más se vincula a una nueva economía moral del habitar y el aspirar. Como apunté con Appadurai (*ibid.*) la diversidad de las formas de vivienda constituye un testimonio de los vínculos íntimos entre vida familiar, diseño, cosmología e imaginación social. El mismo autor apunta que vivienda, lugar que se habita y hogar son ideas profundamente relacionadas. De ello, podemos concluir que un cambio en uno de los factores altera al conjunto y, de algún modo, promueve progresivos cambios en la cosmología que, a nivel local, sustenta la idea casa. Desde el punto de vista del filósofo Gaston Bachelard (2000: 28), “la casa es nuestro rincón del mundo. Es —se ha dicho con frecuencia— nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término”.

Trasladar esta idea amplia de casa, dentro de la que se incluye hogar y formas de habitar, para pensar las transformaciones socioculturales asociadas a la transformación de la vivienda en las comunidades del Valle del Mezquital, abre el marco de interpretación que —desde la metáfora del cemento— nos dirige hacia cuestiones sociológicas complejas asociadas a los cambios y/o continuidades en las formas de propiedad, residencia, familia, relaciones de género, diferenciaciones etáreas, etc. Indagar en torno al hogar es una tarea mucho más compleja que hacerlo en torno a la vivienda. Éste es “un producto gradual de la adaptación del mundo de la familia y el individuo” (Pallasmaa, 2016: 18) y que, por lo tanto, se materializa en estructuras mucho más complejas y tardadas en su concreción, si se le compara con la concreción de una casa.

Los testimonios de los habitantes de El Boxo en torno a los cambios estructurales y materiales en sus viviendas, entregan elementos para avanzar en una interpretación sobre algunos cambios ligados a las nociones de vida buena, las formas de aspirar y habitar, particularmente en la búsqueda de “mayor presentación y comodidad”.

¿Cómo eran las casas por dentro?, preguntaba en mis conversaciones, “muy sencillas”, era la respuesta.

El piso era de tierra, aplanado, aplastado o así nomás de tierra suelta. Algunos habían comprado o conseguido nailon para poner debajo de los muros de madera o pasto para que no se metiera el agua. Siempre estaba el fuego y el comal. Tenía familias que hacían

dos o tres casas, así como si fueran cuartos, y dejaban una para cocinar y comer y las otras para dormir. Pero casi todas preferían dormir en la misma que se cocinaba para aprovechar el calor del fuego. Todos durmiendo así en el piso. A los niños se les ponía una cobija, petates, las veces nailon o costales abajo para los gusanos.

“No sabíamos de cuarto”, dice el maestro Hermenegildo, “eso ni se conocía, la casa dentro no tenía divisiones”. Cuando Tranfo (1990 [1974]:111-3) describía el interior de una vivienda otomí decía:

da una impresión de miseria sin salvación, de un tristísimo y descuidado desorden. [...] A los perros se les permite entrar a la casa y calentarse junto al fuego de las brasas [...] Duermen todos juntos y llenan la casa, minúsculo nido de insectos y de calor, único refugio contra el mal y la muerte, hermandad de objetos más que de sentimientos.

Las primeras edificaciones de bloque comenzaron a dividir la casa según ámbitos de uso. Los proyectos de mejoramiento de las viviendas desde la segunda mitad del siglo pasado consideraban la construcción de cuartos, algunas veces incluso desacoplados del primer cubo de bloques que por autoconstrucción o por política pública se había levantado (cf. Nolasco, 1963). Contradictoriamente, la posterior introducción de las estufas a gas les dio una nueva utilidad a las antiguas casas de piedra, madera o maguey. Éstas pasaron a ser las cocinas de humo, separadas de la casa habitación, donde hasta hoy las mujeres del Mezquital prefieren cocinar, echar tortillas o calentar agua.

En las tradicionales unidades residenciales hñähñu se destinaban espacios constructivos para diferentes usos según edificaciones dispersas en el espacio circunscrito a la unidad (Fournier, 2007). La casa de bloque fue borrando esa dispersión y desarrolló una división interna ligada casi exclusivamente a ámbitos de uso doméstico. Una de las razones que arguyen en El Boxo las familias que no quisieron bajar sus casas del cerro a las inmediaciones de lo que hoy se denomina el centro de la comunidad, o de aquellos que —como los padres de Isidra y Brígido— retrasaron este proceso hasta ya entrado el nuevo siglo, (era y) es su desacuerdo a “vivir todos apretados” a “poner las casas unas al lado de otras”. Como me ha señalado don Patricio, cuando consiguieron que la energía eléctrica llegara a la comunidad, particularmente a la escuela, lo primero que se les comunicó es que debían hacer que la gente bajara para poder conectarse a la electricidad. La mayoría de las familias que trasladaron sus viviendas al plano de la comunidad, cerca de la carretera, lo hicieron en pro de tener energía eléctrica.

En muchos casos bajar la vivienda coincidió con el cambio en el material de la edificación. “Las casas aquí en el centro o de la escuela para arriba, ya casi todas fueron de cemento”, me dice doña Herminia. Este cambio en el material también fue un cambio en la forma de vida, las casas —como dicen los que no querían bajar— se comenzaron a construir unas al lado de otras, en sitios no lo suficientemente amplios para continuar con prácticas de cultivo y cría de animales de traspatio. Las milpas, tanto las de ejidatarios como las de los de pequeños propietarios privados, quedaron distantes de las viviendas; precisamente ellas no se movieron de donde antes estaban las casas y pueden considerarse registro de cuan dispersas eran las residencias en la comunidad. En El Boxo, en promedio, una persona que va a trabajar a su milpa demora una hora en subir cerros y barrancas.

La creciente separación de lo que era concerniente al ámbito doméstico y de lo que era relativo al ámbito laboral también va a producir varias modificaciones en la concepción de la casa y una nueva concepción del habitar doméstico posibilitará nuevas formas de espacio individual. El alejamiento de las actividades laborales del espacio de la casa contribuyó significativamente a que se redibujasen los límites entre espacio privado doméstico y espacio público [...] A partir de ese momento, los límites entre público/civil y privado/doméstico se vuelven más nítidos. El espacio de la casa pasa a estar asociado al descanso, al ocio. (Pereira da Silva, 2015: 27)

La división entre el espacio del trabajo y el espacio doméstico en conjunto con la segmentación al interior de las casas puede considerarse resultado de un diseño exógeno de construcción, pero que progresivamente fue adentrándose en las formas de habitar y aspirar en las comunidades. En paralelo a la construcción de la

casa para cada núcleo familiar, se empezará lentamente a desarrollar también la búsqueda del espacio para cada uno [...] la casa propia es cada vez más deseable, y son progresivamente reclamados aspectos como la salubridad, el confort y, lo que más nos interesa, espacios destinados al habitar íntimo e individual. (Pereira da Silva, *ibid.*: 23-25)

La importante presencia del proceso constructivo en las comunidades del Valle, al que me referiré en apartados ulteriores, se relaciona con la necesidad de edificar viviendas para cada núcleo familiar, cuestión cada vez más manifiesta en paralelo a la nuclearización de la familia y las normas de residencia entre los otomíes. Pero, al mismo tiempo, dicha presencia se debe a la búsqueda del espacio para cada quien al interior de las casas. Construir un cuartito para una quinceañera o hacer

un cerramiento en los pilares de concreto, son —como desarrollaré en lo sucesivo— formas de continuar construyendo, como dimensión cotidiana del habitar.

Esto último quizás sea la razón del progresivo crecimiento de las viviendas que, desde el primer paralelepípedo de bloque con una o ninguna ventana, se ha ido ampliando y, en muchos casos, convirtiendo en la primera década del siglo XXI, en una versión local y pavimentada de la vivienda californiana, evidencia de un nuevo momento de dilatación de la capacidad de aspirar y, a su vez, de aceleración del tiempo y del contagio gris, producido ahora por la migración internacional.

PEDIR Y AGRADECER CEMENTO

Luego de cerca de dos horas de camino y de casi una hora de avanzar por barrancas y terracería, Gerardo bajó abruptamente el volumen de la radio que entre música electrónica, huapangos y norteñas, nos había acompañado desde que a eso de las

Santuario Virgen de Ferrería a la distancia (Nicolás Flores; Hidalgo)



Fuente: Fotografía de María Cornelio.

nueve de la mañana salimos desde El Boxo con dirección a Ferrería. María e Isidra ya se habían asomado a las ventanas izquierdas de la combi. Desenfundando sus celulares, nos dijeron: “—De aquí se ve el Santuario”—. Gerardo paró el motor y nos invitó a bajar a tomar fotos.

Hacia varios kilómetros que el paisaje había cambiado. La sierra que ya verdea en El Boxo, a esta altura, en el Municipio de Nicolás Flores, es reina y señora. Entre el tupido bosque que cubre palmo a palmo la elevada y rocosa cadena montañosa, en una peña, cuatro o cinco pilares de cemento, sostienen una construcción que a la distancia me recordó lejanas imágenes de la montaña de Taishan.

Luego de las fotos de rigor, volvimos a montarnos a la combi. La música volvió a sonar en las bocinas y Gerardo nos informó que en menos de diez minutos llegaríamos. Así fue. Bajo la sombra de un árbol inmenso, Gerardo estacionó la combi y todos bajamos. “A ver, ¿quién los apadrina?”, preguntó Isidra, “aquí, la primera vez que vienes tienes que traer padrinos”. “Yo me pido a la Itzel”, dijo Lupita, adolescente sobrina de Isidra y María. “Pos tonces yo soy madrina del resto” comentó María entre risas.

No se dijo más y las dos madrinas e Isidra se perdieron entre la hierba, tras el árbol. Gerardo se quedó revisando la combi y nosotros, los primerizos y los niños, caminamos hacia el puente colgante sobre el riachuelo de aguas cristalinas. Antaño, esta corriente alimentó el sistema hidráulico de la Hacienda de beneficio de Ferrería, ahora en ruinas, que sigue dando nombre al lugar, al Santuario y a su Virgen. Ahí nos encontraron Isidra, Lupita y María. Venían cada quien con coronas naturales de flores que ellas mismas habían hecho para poner en nuestras cabezas como manda “el costumbre”. Entonces comenzamos a ascender al encuentro de la Virgen, por su calvario.

Por el calor y lo empinado de la pendiente hacia el Santuario, lo primero que un desacostumbrado peregrino agradece es que el calvario esté pavimentado. En cada curva de la subida una pequeña placa o una leyenda manuscrita directamente estampada en la argamasa recuerdan a la familia que con fe en la Virgen donó aquel trozo de pavimento. Pese al talento de los albañiles que construyeron cada escalón, la simbiosis entre cemento y piedra no acaba de ser perfecta. La piedra sigue dominando. Quizá en un paisaje como el de la sierra de Nicolás Flores sea imposible que el cemento logre la invasiva perfección que está alcanzando en otros rincones del Valle del Mezquital, o tal vez aquí la imperfección invasiva sea parte de los elementos que continúan otorgando eficacia simbólica a la magnificencia de la piedra y su culto; a la piedra que de las faldas de la montaña llega a coronarse en la peña que mezquitalenses, y otros peregrinos, transfiguran en la Virgen de Guadalupe.

Los pilares de cerca de diez metros, que había observado a la distancia, sostienen una plataforma de concreto que sale de la montaña al vacío, como balcón en forma de media luna. En medio de esa plataforma de unos quince metros de ancho por unos treinta de largo, se alza la Virgen de Ferrería: roca de cerca de tres metros de alto por uno de ancho, sostenida, “milagrosamente”, por un hilo de piedra de unos sesenta centímetros de alto y unos cuarenta de diámetro. Esa delgada piedra es la base de los “piecitos de la virgencita” me había dicho don Patricio, cuando llegó temprano a casa de Isidra y Alejandro con una veladora que encargó prendieran en su nombre.

Frente a la Virgen de piedra hay una fila de bancas blancas de cemento con un pequeño techo que únicamente cubre esa parte de la plataforma. Sobre la Virgen sólo un arco con flores de plástico. A sus pies, dos tablas fungen de reclinatorio. A sus costados, unas mesas de metal para prender veladoras. Lo sobrio y estrecho del Santuario hace difícil imaginar el mar de gente que, desde diversos puntos, llega en procesión cada 12 de diciembre a este lugar, el mayor centro de peregrinación del Valle del Mezquital y la Sierra Gorda hidalguense. Cuando pregunté por qué era tan sencillo el Santuario varias fueron las respuestas. Una de ellas es que la Iglesia nunca ha dado mucha importancia a este lugar santo para los otomíes. Hasta hace pocos años era difícil que los padres vinieran a officiar la misa de diciembre. Otra forma de explicar la pobreza material del lugar se refiere a la propiedad del cerro en que se emplaza, “es propiedad privada, por eso las marcas blancas que hay en las rocas a un costado del santuario”.

El mayordomo del Santuario, vecino de la comunidad de Itatlaxco, con quien conversé después de que nos dieran los ejotes¹⁷ que María, nuestra madrina, nos había invitado como parte de nuestra primera visita a Ferrería, me explicó que a la Virgen no le gustan los lujos.

“Quisieron ponerle techo, pero ella no se dejó. Se accidentaron varios trabajadores y después que estuvo todo hecho la Patrona lo rompió. A ella le gusta así, natural, para poder mirar todo, para respirar. La Virgen no quiere que le llenen

¹⁷ En el Valle del Mezquital llaman ejotes o ejotazos a una práctica ritual, desarrollada en el marco de una fiesta patronal o de la visita a un espacio sagrado, en la cual se solicita al mayordomo de la “imagen” (o del lugar) dar golpes en la espalda de los fieles y visitantes con chicotes de palma, cuero o material sintético. Los golpes se aplican en tandas de cuatro, con los que se va formando la señal de la cruz. Esta práctica suele emplearse como acción ritual correctiva, terapéutica o propiciatoria y es solicitada por una figura de autoridad para quien recibe los ejotazos, padres, tíos, abuelos, padrinos, etc.; mismo que paga “la voluntad” al mayordomo.

todo esto con cemento, así está bien”, me decía, mientras sacaba con una varilla las enredaderas de flores de plástico que adornaban el arco sobre la piedra y que ofrecía a María, recalcando que ya estaban benditas.

Por la tarde, gran parte del grupo con el que viajábamos se fue a refrescar al riachuelo. María, Isidra y yo nos quedamos conversando en la mesa, bajo la sombra de una lona empolvada que, en diciembre, sirve a los abundantes peregrinos como terraza de una tienda y que en la soledad de un día de julio y entre semana, fue nuestro comedor. Desde ahí podíamos ver el santuario, el calvario y el puente colgante. En la soledad del paisaje no fue difícil distinguir que a eso de las cinco de la tarde el mayordomo, con su pantalón y camisa de manta blanca, descendía desde lo alto del Santuario. Cuando se disponía a tomar camino hacia su casa en Itatlaxco, a unos cuarenta y cinco minutos de camino a pie por una huella abierta por las insistentes peregrinaciones que suben las barrancas para saludar a la Patrona, Isidra le llamó a compartir unas tostadas con crema ácida y salsa. Sentado sobre un tronco y mirando la lluvia que comenzaba a caer en los verdes cerros que cobijan el Santuario de Ferrería, el mayordomo comía y compartía trocitos de tostadas con sus dos famélicos perros.

Introspectivo, como casi todas las personas de edad avanzada que acostumbran caminar kilómetros por los cerros del Valle del Mezquital, de ojos claros, mirada taciturna, esquivia y piel clara; con tonos rojizos lustrados por el sol, en cerca de cincuenta minutos de conversación, o de monólogo, a ratos interrumpido por alguna esporádica pregunta mía, de Isidra o María —preocupadas por los niños que no volvían del riachuelo—, el mayordomo nos comentó uno que otro milagro de la Virgen y el catálogo de peticiones propias que actualmente lo hacen estar más aferrado a la figura de piedra.

En el albergue de Nico le habían dicho que necesitaban una señora. Yo le dije, si quieres trabajar pues anda. Ella quería ganar su dinero y yo no me opuse. Pero después de unos meses empezó a no llegar a la casa. Después se llevó los hijos. Yo le pregunto a los hijos si su mamá está con otro hombre y no me han sabido decir que no.

“La Patrona sabe por qué hace las cosas”, concluyó el mayordomo luego de resumir la historia de la ruptura de su matrimonio. Ahora las cosas no están saliendo del todo bien. A su hijo de trece años le dieron una golpiza “en mayo o junio”, y lo “dejaron más muerto que vivo”.

Ya anda bebiendo y me quiere dejar los estudios. Le pedí a la virgencita que me lo proteja y me lo curara. Él ya está bien, pero no quiere volver a la escuela... También mi hermano está mal. Hace cuatro o cinco meses que no se levanta y no han sabido

decir qué tiene. Yo tampoco estoy muy bien, ya fui a ver un curandero hasta Cardonal. Los del Comité me han dicho que si ya no puedo seguir trabajándole a la Virgen, ya les diga. Yo les digo que todavía puedo, la Patrona da las fuerzas.

“En Itatlaxco está su pobre casa”, nos dijo el mayordomo, luego de invitarnos para que algún día pasemos por ahí. “Hay mucha fruta y los mangos ya no tardan en cocerse”. Por lo que nos relataba, imaginé que en Itatlaxco, como en otras comunidades del Valle, hay muchas casas bonitas y poca gente. “Habremos de quedar unas cien gentes, casi todos mayores”. ¿Y el resto?, pienso preguntarle, pero el mayordomo se adelanta a describirnos de qué manera la comunidad se ha ido desangrando por la migración a Estados Unidos y a la cabecera municipal, Nicolás Flores. “La mayoría está en Texas, aunque ya se han ido por todos lados. Todos mis sobrinos están allá, en Texas y Norte Carolina. Su mamá de ellos fue a visitarlos, de hace veinte o treinta años que no los veía, pero tuvo que volverse por la enfermedad de mi hermano”.

Por lo que vi en el camino entre El Boxo y Nicolás Flores, no es difícil imaginar que como en otras comunidades del Mezquital, en Itatlaxco la *huella más concreta de la migración es el concreto*. En la comunidad, nos contaba el mayordomo, “hay un señor que construyó una casa gigante. Cuartos, ¡los que quiera! Todo de puro bloque. Con un pasillo de varios metros, con tejado de dos aguas, sólo para tender la ropa”. Y su casa, ¿es de cemento?, le pregunto; “Nada más dos cuartitos”, me responde, “se los fui a pedir al presidente municipal, al otro que estaba antes, y me los dio, pero el de ahora ya no da”.

Los mil cuatrocientos pesos mensuales que el Comité de Itatlaxco le da al mayordomo por ir tres veces a la semana a cuidar el santuario y atender a los visitantes, le ayudan dice, pero no son suficientes. A veces puede trabajar, pero gran parte de su tiempo lo dedica a venir a ver a la Virgen. Nos contaba que se levanta temprano, a eso de las seis, para atender a sus animales —unos pollos y dos borregos— y que de vez en cuando trabaja en su comunidad, en tierra de otros. Está ayudando a un señor que plantó olivos “de esos para madera”, que riega por goteo con un sistema artesanal construido con botellas desechables de dos litros que recolecta en el Santuario.

Con el pago por su “voluntad a la Virgen”, que ya se extiende por cuatro años, y con otros pesos que caen más lento que las gotas que riegan los olivos, el mayordomo está “arreglando un cuartito más”. Quiere traer de vuelta a sus hijos: “no están bien en Nico. La niña ya va a hacer sus quince años y yo quiero regalarle su cuartito para que esté cómoda. La virgencita me está ayudando con eso”.

La fe del mayordomo en la piedra santa, de a poco se transforma en cemento. Con ella está levantando el cubo que será cuartito y regalo para una quinceañera que dejó Itatlaxco. La esperanza parece solidificarse como la argamasa que hermana bloque con bloque y levanta casas humildes, como la que imagina y construye el mayordomo, o inmensas como las de los migrantes. La metáfora que Jon Elster (1997) ocupó para definir aquello que permite a la sociedad mantenerse unida, se hace literal en la aspiración del mayordomo de la Virgen de Ferrería: el cemento de la sociedad y de las familias, es el cemento mismo.

La Patrona no quiere más cemento para ella. Pero como madre bondadosa del mismo modo en que permitió que la argamasa se derramara en el calvario para que sus hijos subieran la montaña, otorgará el cemento para reunificar una familia sumida en la desgracia de la desintegración. Gracias a las bendiciones de la figura de piedra y de la otra piedra hecha bloque y mortero, los hijos volverán a casa, cuando esté terminado el cuartito. Cuando la casa sea digna de recibir a una quinceañera que busca, tal y como buscó el contagio gris en El Boxo, mayor “comodidad y presentación en las nuevas formas de construcción”.

La Capilla del Señor de las Maravillas, en el municipio del Arenal, es otro importante centro de peregrinación religiosa en el Valle del Mezquital. Ahí acuden los fieles a pedir y agradecer, especialmente, por mejoras en el ámbito de la salud. En el patio de la Capilla, junto a una muralla, un largo mesón sostiene las veladoras. En frente, en otra muralla, la luz de las veladoras ilumina las cientos de fotografías y mensajes escritos sobre hojas de papel para rogar y corresponder. Gracias por curar el cáncer, por el éxito en la operación, por la salud de mi hijo recién nacido y un largo etcétera, empapelan de letras e imágenes la muralla.

Entre retratos y mensajes de agradecimientos y peticiones por salud, dos imágenes pegadas una a la otra y un escrito agradecían al Señor por otro tipo de milagro. En una de las fotografías, una familia mimetizada entre albañiles y materiales de construcción comparte una comida, en una escena que parece ser la celebración por una etapa concluida de la edificación de una casa, aún en obra negra. En la otra fotografía, un joven camina por una calle al encuentro de albañiles que, parapetados tras una trinchera de bultos de cemento, meten material hacia la casa. En ambas imágenes predomina el gris, pero ninguna de ellas transmite tristeza, como sí lo hacen las otras cientos de imágenes que en el muro muestran a personas hospitalizadas, o a otras que pese a haber sido retratadas sonrientes, acompañan la imagen con un texto que ruega al Señor de las Maravillas la mejora en su grave situación.

El júbilo y la unidad de una familia en torno a una mesa, como muestra la primera de las fotografías, quizá sea la escena que imagina el mayordomo de Ferrería

para el momento en que obsequie el cuartito a su hija. La mesa, apunta Pallasmaa (2016: 33-34) cumple una función estructuradora del hogar. En los espacios rurales en particular, dice el arquitecto, la mesa es organizadora de la vida; en ella se pueden percibir las marcas de diferencia entre los días de diario y el domingo, los laborales y los festivos. Es precisamente eso lo que diferencia a ambas fotografías. Mientras una es la del trabajo, la del esfuerzo de meter y subir material para la construcción, la otra es la de la fiesta y la celebración por el trabajo realizado.

Probablemente en todos los rincones del planeta la construcción de una casa para una familia de la clase trabajadora, sea sinónimo de alegría y celebración. La particularidad del Mezquital puede encontrarse, como he tratado de presentar en este capítulo, en la forma en que la edificación de una casa y su materialidad, el cemento, constituyen una forma de entender los regímenes de historicidad que, respecto del habitar, articulan experiencias pasadas y expectativas futuras entre los mezquitalenses. Ambas fotografías, pueden ayudar a profundizar en este punto.

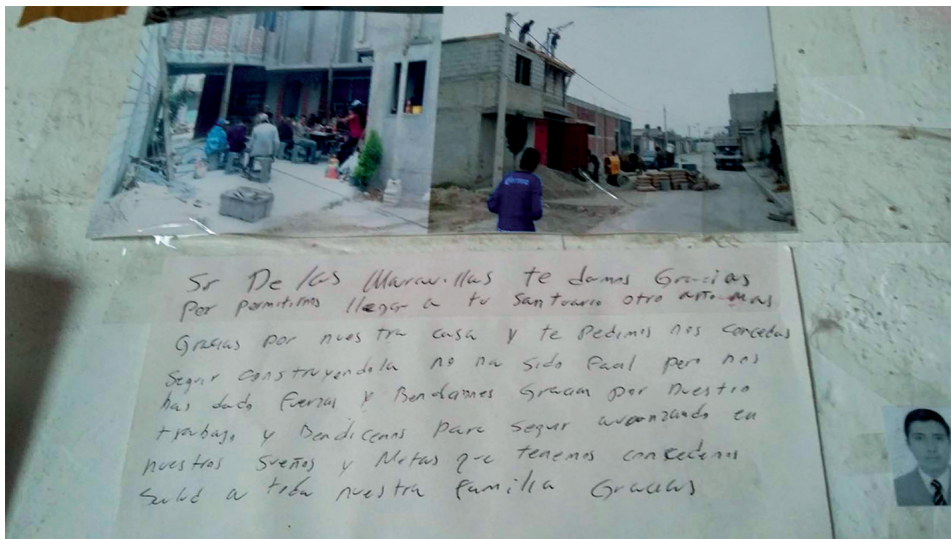
Entre las dos fotografías descritas, el presente y pasado difícilmente pueden marcarse. No es posible determinar si la comida familiar de una de las imágenes constituye la celebración por el fin de la obra o si los trabajos de los albañiles de la otra escena, corresponden al pasado de la primera. La dificultad para establecer entre ambas fotografías un antes y un después, un pasado terminado o un presente transcurrido, no puede derivarse de las fotos mismas. Como desarrollaré en el siguiente apartado, determinar cuándo se concluye la construcción de una casa, vale decir: precisar indicadores invariables para definir que una vivienda en su fase constructiva o, más precisamente, en términos de la “idea casa” está terminada, en el Valle del Mezquital es una tarea que se ve dificultada por diversas razones de orden social, cultural y económico que intervienen en las dinámicas locales y contemporáneas del habitar.

Si las fotografías por sí mismas no pueden entregar elementos para interpretar, un antes o un después, de la acción en modo indicativo, es porque en ambas lo que emerge es un proyecto en realización, en modo infinitivo y subjuntivo. Lo primero porque la acción en ambas fotografías no está sujeta a un tiempo determinado: construir/celebrar/habitar (la casa). El tiempo de la acción es incierto, como aquel desconocido que sólo puede ser imaginado. Lo segundo, porque en ambas imágenes aunque el tiempo de la acción es incierto, lo que transmiten es el deseo, la proyección a futuro como espacio de lo deseable y, sobre todo, de lo posible; de lo construible.

Según Reinhart Koselleck (1993: 339) pasado y futuro nunca llegan a coincidir. El espacio de la experiencia y el horizonte de las expectativas son “modos de ser desiguales de cuya tensión se puede deducir algo así como el tiempo histórico”

(*ibid.*: 341). En ambas fotografías, el tiempo histórico está marcado por el *proceso* de construcción de la casa; acción presente que, aunque continua, se orienta por el deseo de futuro. Por ello, la fotografía que plasma la escena de la comida no es la de una familia reunida en la mesa de un comedor al interior de una vivienda terminada, sino la de una mesa fuera de una casa en obra negra, donde una familia se mimetiza con los albañiles y, los enseres domésticos, con los materiales y las herramientas de construcción.

Fotografías y agradecimiento en Capilla del Señor de las Maravillas, El Arenal, Hidalgo



Sr. De las Maravillas te damos las gracias por permitirnos llegar a tu Santuario otro año más. Gracias por nuestra casa y te pedimos nos concedas seguir construyéndola. No ha sido fácil, pero nos has dado fuerzas y bendiciones. Gracias por nuestro trabajo y bendiciones para seguir avanzando en nuestros sueños y metas que tenemos, concédenos salud a toda nuestra familia. Gracias.¹⁸

Fuente: Fotografía del autor.

En tanto que el tiempo histórico está marcado por el proceso de construcción o, en otros términos, en tanto que la experiencia pasada y las expectativas futuras se relacionan con edificar una vivienda, adquiere sentido que las dos imágenes estén pegadas en el muro en que se pide y agradece por la salud al Señor de las Maravillas.

¹⁸ Transcripción propia.

De seguro los “sueños y metas” de la familia y sus miembros trascienden y son mucho más abarcadores que la construcción de la casa, pero la centralidad que ésta adquiere en el llegar/agradecer y pedir al Señor de las Maravillas, ayuda a entender el significativo espacio que en el tiempo histórico de dicha familia ocupa el proceso de edificación de la vivienda. En este tiempo histórico marcado por el proceso constructivo; el pasado se agradece, el futuro se pide y el presente se construye por la benevolencia del Señor.

Del mismo modo que el catálogo de peticiones del mayordomo a la Virgen de Ferrería trasciende su ruego por salud y dinero para construir un cuartito, el pedir y agradecer de la familia al Señor de las Maravillas, va más allá de la edificación de su casa. Empero, en ambos casos pedir y agradecer cemento constituyen actos de fe. Agradecer y pedir como prácticas en el presente, permiten interpretar las formas en que el futuro es imaginado y el lugar que en dicho ejercicio ocupan la construcción y el cemento. Mientras que la Patrona da las fuerzas a su mayordomo para seguir sirviéndole y, con ello, recibir el pago del Comité para levantar un cuartito; el Señor de las Maravillas da fuerzas y bendiciones a una familia para que continúe la construcción de su casa.

¿CUÁNDO SE TERMINA UNA CASA?

La predominancia del gris en las comunidades del Valle del Mezquital no se relaciona únicamente con la perfección invasiva que está alcanzando el cemento público y privado, sino que se debe además al hecho de que el concreto resalta del paisaje por contraste —sea con el de los tonos marrones de la aridez o con el verde abrazador de la entrada a la Sierra— ya que el concreto se presenta casi siempre en su realidad más recia y áspera. En dicha condición las edificaciones de cemento parecieran siempre ser evidencia de construcciones sin terminar, o —como se acostumbra decir— en obra negra.

Pero, ¿qué marca la diferencia entre una vivienda terminada o una en obra negra? ¿Cuándo está terminada una casa? Estas preguntas podrían tener una respuesta unívoca. Sin embargo, las experiencias del habitar contemporáneo en el Mezquital pueden resolver dichas interrogantes de diversas maneras. Conversando con albañiles y “chalanes” de la construcción de El Boxo, comprendí que la idea de una vivienda acabada tiene, por lo menos, dos sentidos. Una referida al proceso de construcción y, la otra, al deterioro producido por la (no) habitación.

“Esa casa ya está acabada. Tiene sus puertas y sus ventanas como las pidieron. Está toda aplanada y por dentro pintada. Hasta su barda ya tiene”. ¿Pero alguien la habita? “No”.

“La gente es como si fuera la comida de las casas. Si no hay gente, la casa se echa a perder. Esa casa está bien acabada”; apunta Brígido, refiriéndose a la vivienda de uno de sus hermanos migrantes. “La empezaron a construir hace nueve años, así como está ahora está hace como siete años; pero ahí está, acabándose. Como no vive nadie, en esas casas se empiezan a desmoronar los muros”.

Casa en proceso constructivo, Santuario Mapethé, Hidalgo



Fuente: Fotografía del autor.

El doble significado de “casa acabada” no tiene que ver aquí con la diferencia entre casa y hogar, entendida una como realidad estructural y, la otra, como dimensión fenomenológica y existencial del habitar una vivienda (cf. Pallasmaa, 2016). La duplicidad de sentido se relaciona con las etapas que simbólica y materialmente desdibujan la finitud del proceso constructivo. Es posible encontrar casas que aunque relativamente nuevas en sus cimientos parecen en ruinas o en acelerado proceso de aluminosis; porque no se han ocupado, porque se ocuparon sin terminar o porque no acaban de construirse. Las viviendas en ruinas por no

ser ocupadas y aquellas sin terminar comparten dos cosas: la materialidad y la proyección al futuro. Mientras unas podrán ser la cáscara concreta e inconclusa de un hogar, otras se continúan preparando, bloque a bloque, para llegar a serlo.

Como ya he mencionado, el aumento en el número de viviendas en las comunidades del Valle y, particularmente, la eclosión de viviendas con estilos de construcción novedosos y tamaños exuberantes, si se les compara con los primeros paralelepípedos de bloques que comenzaron a aparecer ya entrada la segunda parte del siglo pasado, está directamente relacionado con la masificación del fenómeno migratorio transnacional.¹⁹ La construcción de la casa propia fue, y sigue siendo, uno de los objetivos primordiales que motiva la dinámica migratoria. Investigaciones desarrolladas en la región han concluido que, después del consumo básico, el segundo destino principal de las remesas es la construcción de viviendas (Franco, 2012a). Desde el punto de vista aspiracional, este hecho —junto a la activa participación de los mezquitales en clubes de migrantes que mantienen conexión real y permanente con sus comunidades de origen, vía la transferencia de recursos para las obras (cf. Pizarro, 2010)— ha posibilitado plantear que la repetida idea del sueño americano, tras el que se dice se van los migrantes indocumentados, es indisoluble del sueño mexicano. Edificar la casa para el retorno es una de las formas de ir concretando ese sueño, porque como me dijo don Doroteo “acá está el futuro, allá nada más se va a trabajar”. De tal modo, si el fenómeno migratorio (con sus vaivenes) ha sido una constante en la historia reciente del Mezquital; la construcción, o más bien el proceso constructivo, es también una constante en la experiencia de habitar la región en el mismo periodo.

La edificación de la vivienda propia es también síntoma y resultado de la progresiva transformación en las normas de residencia y en la composición de los hogares. Ello está ligado a diversos fenómenos, dentro de los cuales la migración y el deterioro de la economía campesina (y sus normas de herencia) ocupan un lugar preponderante. En la década final del siglo pasado y en los primeros años del presente, en las comunidades, la regla de residencia virilocal —ver capítulo VI—, se agudizó por la extendida integración de los hombres jóvenes a los flujos

¹⁹ Como se relató en apartados anteriores, tanto la transformación de la vivienda tradicional, como la masificación en el uso del bloque de cemento en la edificación, son procesos anteriores a la intensificación del fenómeno migratorio internacional. Empero, la importancia de éste en la economía local y, particularmente, en la dinámica de la construcción; lo convierten en punta de lanza para pensar la patente presencia del proceso constructivo en la región, así como para interpretar la emergencia de nuevos diseños de viviendas; tanto desde el punto de vista estético, como funcional.

migratorios. Las mujeres casadas, con esposos migrantes, quedaban “encargadas” en casa de los suegros que además de la manutención de éstas y, si los había, de los hijos; ejercían el control económico y sexual de la nuera. Lo primero mediante la captación de las remesas y, lo segundo, a través de la vigilancia para evitar posibles infidelidades. La integración de las mujeres casadas, solteras, abandonadas o divorciadas a la migración a Estados Unidos, especialmente después de 2001, permitió que la etapa de residencia patri o virilocal, fuese abreviada por el impulso a la construcción de la casa propia.

Todo esto ha significado la emergencia de nuevos escenarios para la composición de los hogares posmaritales en el Valle. Junto a ello, nuevas dinámicas de residencia como las uniones de hecho o la de mujeres jefas de familia, han acelerado la lógica: nueva familia, nuevo hogar y nueva casa. Esto último es evidenciado por el sostenido crecimiento en el número de las viviendas en las comunidades.

En relación con esto último, doña Herminia señalaba: “en otra banda, la curva de la entrada a Pilas, antes casi no había casas ni camino para subir había. Estaba la casa de mi papá y nada más. Ahora está lleno. Todas son casas nuevas ya parece como si fuese otro pueblo. También por detrás de la escuela, ahí casi no tenía casa. Ahora están todas juntas”. Gran parte de esas casas pertenecen a familias jóvenes, muchas de ellas con hijos en edad escolar. Son familias que, en su mayoría, tienen experiencias migratorias y que lograron su residencia neolocal al mismo tiempo que construyeron su nueva casa con los ahorros del andar trabajando al otro lado.

Aunque evidentemente no sólo quienes migran aspiran o logran construir sus casas de cemento en el Valle, el inexorable vínculo entre la construcción contemporánea de las viviendas mezquitalenses y la migración, hace que sus dinámicas estén igualmente vinculadas. En otros términos; construir, “acabar” y/o ocupar una casa de cemento está, generalmente, ligado a los vaivenes del proyecto migratorio y a las discrepancias temporales de la migración. Avanzar en el proceso constructivo de una casa depende, en estos casos, del dinero que envían los migrantes, encargando a sus familiares supervisar las obras. Las fluctuaciones de la economía estadounidense y sus mercados de trabajo, así como la capacidad de ahorro o la disposición de los migrantes de continuar con la empresa constructiva de sus casas, determina el curso y la velocidad en el avance de la construcción. Pero también ocupar la casa tiene que ver con ello.

Si la casa es la cáscara o el contenedor de un hogar (Pallasmaa, 2016: 16), el retorno migratorio podría ser un punto que culmine en el proceso que va desde construir la casa hasta habitarla. En otros términos, volver al Valle y ocupar la vivienda edificada por el envío de remesas, debería ser una etapa conclusiva del

Casa de Isidra y Alejandro



Fuente: Fotografía del autor.

proceso constructivo. No obstante, la dilatación de la etapa migratoria o la interrupción abrupta de ésta, por desempleo prolongado o deportación, como ha sucedido desde que en 2008 estallara la crisis económica en Estados Unidos, puede significar habitar una vivienda que aún no ha sido concluida, en términos de las condiciones de habitabilidad o en términos del proyecto ideal de vivienda que se había planteado el migrante y su familia. En estos casos, para ojos externos, la casa puede estar terminada o, por el contrario, ser una vivienda en obra negra.

“Aquí estaban mis papás y algunos de los hermanos de Isidra. Pero ellos no podían estar al pendiente de lo que hacían los de la construcción. Primero me avisaron que ya no seguirían con el mamposteado porque el terreno era muy irregular y se estaba gastando mucha piedra, por eso pusieron estos pilares. Después me llamaron para preguntarme si acaso no quería que agrandara los cuartos”, me contaba Alejandro mientras mirábamos su casa que en más de 130 m² alberga una familia de cinco personas, el matrimonio y tres hijos. “Yo quería una cocina amplia y una sala grande, ya ve que luego se necesita para fiestas. Los cuartos los quería más chiquitos”. La sala de la casa quedó gigante pero cortada por un muro que divide un espacio que ahora ocupan como comedor y otro que era utilizado como

sala, antes de que la señal digital dejara inutilizable el único televisor de la casa. En el bautizo de Andreita, hija menor de Alejandro e Isidra, o en la celebración por la clausura escolar de Alexis, su hijo mayor, los comensales quedaron repartidos entre los dos espacios descritos, situación que probablemente hacía recordar al matrimonio que la casa que ellos proyectaron y soñaron desde Estados Unidos, no es la que les construyeron.

La casa de Alejandro e Isidra, a ojos externos, parece estar terminada pero aún no es ese proyecto ideal, no es “la idea casa” que como matrimonio imaginaron. Alejandro ya no puede achicar los cuartos ni tirar el muro que divide lo que pensó como especie de salón de fiestas, pero sueña con construir dos o tres cuartos más haciendo cerramiento de los pilares que, desde el suelo pedregoso del cerro, se levantan más de tres metros para sostener la vivienda.

“Las casas que usted ve acá”, me decía el maestro Francisco mientras me daba un recorrido en su carro por la comunidad de San Miguel Tlazintla, en el municipio de Cardonal, “son de dos tipos: las vacías y las huecas. Las vacías son de los migrantes que no han vuelto y mandan y mandan dinero pa’terminar esas enormes casas y las huecas son la de los migrantes que volvieron y no logran llenarlas”. Sin entrar a esas viviendas, desde la carretera y sin detener el carro, con el maestro podíamos concluir que esas viviendas no estaban terminadas.

Angela Giglia (2012: 20) diferencia dos modalidades concretas del fenómeno del habitar en la época contemporánea, dos relaciones posibles con la vivienda.

Una consiste en ir habitando (y ordenando) la vivienda conforme se procede a su construcción (como sucede en el caso de la vivienda de autoconstrucción). La otra concierne más bien al ir a habitar (y ordenar) una vivienda ya construida. Se trata de procesos socioculturales distintos, basados en una relación diferente con el espacio habitable.

En el Valle del Mezquital ambas modalidades aparecen al unísono. Las casas de los migrantes son edificadas en diferentes etapas —“según se logre ahorrar” dice Alejandro—, a través del pago a una empresa contratista, integradas muchas de ellas por migrantes retornados que contratando a una cuadrilla de albañiles forman una microempresa. El compromiso de los contratistas es entregar una vivienda en condiciones de ser habitada, pero las vicisitudes de la migración, el empleo o la restructuración de la escala de prioridades de las familias, hacen que algunas de las etapas de edificación nunca comiencen o se prolonguen o detengan por tiempos indeterminados. De modo tal que los retornados deben “ir a habitar (y ordenar) una vivienda ya construida” pero que, al mismo tiempo, deben “ir habitando (y

ordenando) la vivienda conforme se procede a su construcción”, como proceso continuo.

Si es difícil establecer cuándo se termina una casa en el Mezquital es precisamente porque la experiencia contemporánea del habitar se relaciona más con el construir, que con el ocupar y rematar casas ya construidas. Se habita en construcción, se habita en obra negra y ello hace que el gris sea permanente no sólo en el contraste del paisaje, sino en la cotidianidad de muchas familias que siguen edificando su casa.

Al habitar, decía Heidegger (1994), ingresamos por medio del construir; éste tiene por meta aquel: el habitar. El hombre, según el filósofo, es en cuanto habita. El habitar es el construir auténtico del hombre, expresado tanto en el construir como cultivar y cuidar, así como en el construir como edificar. De modo tal que tanto el construir como el habitar, son para el filósofo el ser sobre la tierra, vale decir la experiencia cotidiana del hombre y, al mismo tiempo, la que le otorga esa condición. La experiencia contemporánea del habitar en las comunidades del Valle del Mezquital puede ser evidencia etnográfica para la máxima de Heidegger (1994: 128) en este planteamiento: “construir no es sólo medio y camino para el habitar; el construir es ya en sí mismo habitar”. Los mezquitalenses están habitando el Valle precisamente porque lo están construyendo.

CEMENTO, DESEO Y ESPERANZA

Un inmenso dólar alzado sobre fuertes pilares de cemento y piedra como objeto que intenta, sin lograrlo, corporizar lo real, funciona como objeto de deseo y al mismo tiempo de fe en lo ausente, en la promesa incumplida del sueño americano. *Cayeron las lluvias, se precipitaron los torrentes, soplaron los vientos y sacudieron la casa* —dice, en Mateo 7:24, la parábola de la casa sobre la piedra— *pero ésta no se derrumbó porque estaba construida sobre roca*. Cuando el capitalismo estadounidense se venía abajo y se precipitaron los torrentes de migrantes de retorno al Valle del Mezquital; el monumento al dólar, algo más despintado que antes, seguía, sobre la piedra, atestiguando el deseo y la fe de los habitantes mezquitalenses en que algún rumor llegaría del otro lado diciendo que las cosas están mejor y es tiempo de volver a intentar cruzar.

El cemento que se derrama en el Valle del Mezquital como evidencia de un cambio ya no sólo cosmético en las condiciones materiales de existencia es, en las últimas décadas, resultado de esa mezcla entre la fe y el deseo de financiar el

sueño mexicano con la pesadilla americana. Como apuntaron Deleuze y Guattari (1985: 36).

la producción social es tan solo la propia producción deseante en condiciones determinadas [...] (Porque) incluso las formas más represivas y más mortíferas de la reproducción social son producidas por el deseo, en la organización que se desprende de él bajo tal o cual condición.

Por ello, incluso en un contexto de extremo deterioro de la oportunidad de concretar el proyecto migratorio, éste sigue siendo alimentado por el deseo. Por ello también el dólar monumentalizado, siguiendo la tipología del billete americano, luce la leyenda “Un dólar mexicano”, y a continuación, otra que dice “Dios bendice a todos”.²⁰

El deseo, como la esperanza, siempre está proyectado hacia el futuro. Mientras lo primero es la proyección hacia un objeto del cual se carece, la segunda es un modo del primero más ampliado y complejo. No hay esperanza sin deseo, apunta Terry Eagleton (2016), pero puede haber deseo sin esperanza. En la esperanza anida el espíritu de una trama, que vincula el impulso presente a una consumación futura. En tal sentido, a diferencia del deseo, la esperanza constituye un compromiso con el futuro que se alimenta en la potencialidad de éste, en su relación con el presente. En efecto, como dice el arquitecto finlandés Juhani Pallasmaa (2016: 72), el hombre es capaz de construir sólo si tiene esperanza.

Si el dólar ausente y las obras que bajarán a las comunidades del Mezquital por la gestión política, la fe en la Virgen o en el Señor de las Maravillas, son en la proyección al futuro objetos del deseo, el cemento privado del presente es parte de la infraestructura material de la esperanza. Es el que otorga, como discutí en capítulos anteriores, los fragmentos de esperanza sobre los que se continúan en-

²⁰ En agosto de 2016, visité la comunidad de La Florida, en peregrinación junto a la comunidad de El Vithé que llevó, como manda “el costumbre,” sus imágenes de la Virgen de Guadalupe y San Juan Diego a la fiesta de Santa Rosa de Lima, patrona de la Florida. Acá uno de los mayordomos me contó que en marzo del mismo año un fuerte ventarrón derribó el antiguo monumento al dólar. Éste había sido pintado a mano y llevaba las leyendas citadas. En una rápida obra levantaron un nuevo dólar, esta vez reforzado con nuevos pilares y con la imagen ahora serigrafiada. Como El Dólar da la bienvenida y es a su vez la meta del carril para las carreras de caballo que realizan durante la fiesta patronal y en otras fechas, decidieron no reproducir esta vez la frase Dios bendice a todos. “En las carreras apostamos, es cosa del azar y eso no es de Dios”, me dijeron. Por la misma razón no reprodujeron el lema nacional de Estados Unidos, *In God We Trust*, impreso en el dorso del *one dollar*.

garzando los momentos del ahora con el futuro imaginado, la imaginación del tiempo porvenir ligado a nociones de vida buena que, más allá del optimismo cruel, permiten el “*impase* de vivir en el momento avasallantemente presente” (cf. Berlant, 2012). Estos fragmentos son los que otorgan nociones afirmativas de futuro a aquellos que vivieron su infancia escuchando el granizar en los techos de zinc, en los frágiles cartones alquitranados o en la de los que anduvieron días cortando pencas de maguey para techar casas de paredes de pasto y barro. Aquellos que, aun reconociendo las virtudes de las formas pasadas de construcción, vinculan el cambio al bienestar y a un tiempo acelerado, producido “de volada”, gracias a la diáspora mezquitalense que, para “adquirir un poquito más de economía”, transitó desde la migración nacional a una prolongada migración internacional.

Por todos los rincones de las comunidades del Valle del Mezquital se pueden observar bloques de cemento apilados. Algunos de ellos ya corroídos por la erosión o la humedad. En otro tiempo, en los años setenta, el antropólogo Luigi Tranfo (1990 [1974]), decía que esas pilas de bloques eran historias de dolorosos ahorros. En las primeras décadas del siglo XXI, continúan siendo eso, pero son también resultados del deseo, fragmentos de esperanza y, sobre todo, formas de seguir imaginando y planificando futuros concretos.